cho menos la de hacérsela practicar.—Las instituciones católicas mas sagradas, como el matrimonio, las congregaciones religiosas, las reuniones sinodales de los Pastores de la Iglesia, etc., todas ellas atacadas, y algunas veces suprimidas del todo, por autoridades seglares del todo incompetentes.—Todo cuanto viene de Roma, sospechoso; todo cuanto resiste á Roma, alentado y premiado. —La opinion pública pervertida por las falsas libertades, y amotinada en toda Europa contra las ideas católicas, contra el Papado.—La Iglesia despojada del derecho de propiedad, y entregada de este modo al capricho del Estado.—En fin, todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fé cada dia mas debilitada, resucitado el protestantismo, pueblos enteros viviendo sin Dios y sin religion alguna, la indiferencia perdiendo almas en una proporcion enorme, etc., todo, todo esto se ve hecho en nombre de la *Ley*, en nombre de los *principios modernos*.

Este es para la Iglesia, el resultado práctico; estos los frutos de la Revolucion *moderada*, de la Revolucion del 89.

Por otro lado, si echais la vista sobre la Europa moderna, hija del 89, ¿qué espectáculo se ofrece á vuestros ojos? Mas revoluciones, y revoluciones sociales, en un año que antes en un siglo; pueblos que juegan con las coronas de sus Reyes como niños con juguetes; en el espacio de setenta años *treinta y nueve* tronos derrumbados, *veintidos dinastías* desterradas, que viajan á pié por toda Europa; *veinticinco* Cartas y Constituciones aclamadas, juradas y rotas; las formas de gobierno mas opuestas sucediéndose como las ojas sobre los árboles, como las olas de un mar embrabecido. El mundo sobre un volcan, y todos los que aun se llaman Príncipes, Reyes, Emperadores, sacudidos y bamboleándose sobre sus tronos, como el marinero en las vergas de su navío durante la tempestad.

Por los frutos conoced el árbol, y juzgad por las consecuencias; ahora, jactaos aún, si os atreveis á tanto, sobre los *principios*.

XX.

DE LAS VARIAS ESPECIES DE REVOLUCIONARIOS.

Siendo la Revolucion una idea, un principio, todo hombre que se deja domminar por esta idea, por este principio, es un revolucionario. Lo es mas ó menos, segun entra mas ó menos en el lazo.

Se pueden y deben distinguir muchas categorías de revolucionarios. Los primeros y mas culpables, que mas se acercan á Satanás, su padre, son aquellos hombres malvados que conspiran á sangre fria contra Dios y contra los hombres, seducen y engañan

á los pueblos, y conducen, cual capitanes esforzados, el ejército del infierno al asalto de la Iglesia y de la sociedad. No constituyen estos mas que un pequeño número; pero los que hay, son imágenes verdaderas del demonio.

A estos siguen aquellos que, menos imbuidos de la idea revolucionaria, pero tan perversos como los otros, conducen tambien la Revolucion á su destino final, y quieren abiertamente concluir con el órden social católico y aun con el *verdadero* principio monárquico; rechazando, sin embargo, al mismo tiempo el asesinato y el pillaje. Estos son los Mirabeau, los Palmerston, los Cavour, y todos esos impíos que, de un siglo à esta parte, volviendo la política, las leyes é instituciones civiles contra la Iglesia de Jesucristo, son el azote de la sociedad cristiana. Estos saben contenerse mas que los primeros, saben colorear con mas habilidad sus proyectos anti-católicos, y no inspiran horror; pueden hablar y escribir á la faz de todos, y disponen de un gran poder material y moral; creen ser los conductores, y son ellos mismos conducidos. El gran número de los revolucionarios de esta clase, y los medios de accion de que disponen, los hacen muy temibles.

Deben ocupar el tercer puesto aquellos *hombres de órden hijos del* 89, que quieren hacer abstraccion completa de la Iglesia en todo el órden político y social. Sus intenciones son á veces honrosas; pero les falta el sentido anti-revolucionario, que es la fé, que es el sentido católico. No detestan à la Iglesia; aun la conceden cierto respeto vago y efímero, pero no la comprenden, y la impiden salvar la sociedad, que solo por ella puede salvarse. La accion revolucionaria de estos hombres es mas bien negativa que positiva. Son, de un siglo á esta parte, pocos los hombres políticos de Europa que no pertenezcan á esta numerosa categoría de revolucionarios. Casi todo el periodismo europeo está en sus filas y á su servicio. Así es que forman la semilla de los francmasones.

Tras estos vienen los hombres de imaginacion exaltada, sin ninguna instruccion religiosa, pero que tienen el corazon bueno y noble, que toman las ideas democráticas por arranques generosos, por amor al pobre pueblo, por patriotismo, y de buena fé creen que la Revolucion es un progreso saludable y la religion de la libertad. Aesta clase de hombres siempre les gustan las reformas; pero al mismo tiempo aborrecen los motines. Son unos pobres estraviados, que obran el mal sin saberlo. Una instruccion sólida y una conversion religiosa los ganaría completamente para la buena causa.

En fin, muy cerca de nosotrss, pero siempre en el campo de la Revolucion, encontramos un número considerable de honrados cristianos, y que practican la Religion; pero poco instruidos, que

se dejan deslumbrar por el prestigio del liberalismo, y quieren conciliar el bien con el mal. Sus preocupaciones de política, de posicion social, paralizan prácticamente las ideas de respeto que tienen en su corazon hácia los derechos de la Religion. Les gusta el sacerdote, y sin embargo temen su influencia. Critican de buena gana al Papa y al Obispado, toman fácilmente el partido del Estado contra la Iglesia, de lo temporal contra lo espiritual, en cuanto à política no tienen mas principio que el liberalismo, que no lo es. La palabra *libertad* basta para trastornarlos, y, á su modo de ver, el único remedio para todos los males es la secularizacion y la moderacion.

Que lo quieran ò nó, todas estas clases de hombres pertenecen al partido de la Revolucion, al partido del *verdadero* desórden, de la desorganizacion religiosa y política de la sociedad. Los primeros y segundos son los conductores, y los otros son los instrumentos, cuado no los engañados. Todos están y se hallan envueltos en la inmensa red de que habló mas arriba la Venta Suprema; los últimos, los revolucionarios honrados, detestan y temen á los otros, como un pez pequeño á otro grande, pero siempre sucede que este devora á aquel.

Que cada cual se examine y se juzgue; que vea en conciencia y en la presencia de Dios, si pertenece á una de estas cinco clases que acabo de enumerar. La fortuna, el rango, nada tienen que ver en ello; se puede ser revolucionario en cualquiera de los grados de la escala social; es cosa puramente de *principio* ó de conducta. Cualquiera que en su inteligencia y sus actos, en su conducta pública ó privada, por sus palabras, sus obras, sus ejemplos, de cualquier modo que sea, viole el órden social católico establecido por Dios para la salvacion del mundo, es revolucionario; que sea grande ó pequeño, eclesiàstico ó seglar, eso nada hace al caso. Hay revolucionarios en todas partes: en los talleres, en los palacios como en las chozas; hay revolucionarios de frac negro y corbata blanca, lo mismo que los hay de capa y chaqueta.

Solamente los católicos, los verdaderos católicos de corazon y espíritu están fuera del campo de la Revolucion; pero deben andar con mucho cuidado para no dejarse seducir en medio del contagio público. Un solo hombre hay en el mundo que está absolutamente al abrigo de la seduccion, y es aquel á quien dijo Jesucristo: He orado por tí, para que tu fé no pueda desfallecer; y tú á tu vez, *confirma tus hermanos.*" El Papa, sucesor de Pedro, Jefe de la Iglesia, está protejido por el mismo Dios contra todos los errores, y, por consiguiente, contra el error revolucionario. Como Papa, como Doctor católico, nunca puede ser seducido. Unámonos, pues, indisolublemente á la enseñanza pontifical; le-

vantemos nuestras miradas fieles sobre todas las cabezas, sobre todas las coronas, y aun sobre todas las mitras, para fijarlas en la tiara de San Pedro. Saber lo que enseña en el Pontífice romano Vicario de Dios, y creerlo como él, pensar como él, y decir como él: este es el medio único é infalible de precaverse de los lazos de la Revolucion. ¡Cuantas ilusiones existen sobre este punto entre aquellos que el mundo llama *hombres honrados*, y cuantos lobos hay que se creen corderos!

XXI.

DE CÒMO SE FORMAN LOS REVOLUCIONARIOS.

Una sociedad se hace revolucionaria cuando no reprime los motines, y las malas pasiones que minan en su seno los grandes principios religiosos y políticos, que son, como hemos dicho mas arriba, la base de todo órden social. Pero aquí solo me ocupo del individuo, y para este, principia casi siempre muy temprano.

¡Veis aquel niño que muerde y pega á su madre! Es un revolucionario en lactancia. A los cinco años hace ruido en su casa, é impone su capricho á su padre y á su madre; este es un revolucionario en ciernes. De estudiante, se mofa de sus maestros, rompe sus libros, y no hace mas que calaveradas; es un revolucionario ganando cursos en la Universidad. De aprendiz, se forma para el vicio, insulta á los sacerdotes que le prepararon para su primera comunion, los buenos Hermanos, á quienes debe su educacion gratuita; es un revolucionario que vá formándose. De obrero, se revela contra su principal, lee y comenta los periódicos demagógicos, se queja del gobierno, entra en las sociedades secretas, hace fiestas los lúnes y jamás los domingos; y si se presenta ocasion, sube á las barricadas; es un revolucionario emancipado.—Ahí teneis al revolucionario de chaqueta.

El revolucionario de levita y gavan es en el colegio un discípulo indisciplinado; sus costumbres están corrompidas mucho antes que tenga edad para ello; prepara motines, y tanto hace, que lo espulsan. Llega á la adolescencia, corriendo de liceo en liceo, ya corrompido, sin fé, ambicioso y determinado; es demócrata sin saber en qué consiste esto; y si sabe algun tanto ensuciar papel, escribe artículos de periódico; revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, ó falletos; si su presa tiene aceptacion, si por ella logra influencia, una de dos: ó *pesca* un empleo, un puesto lucrativo, y entonces se vuelve hombre de órden; ó, al contrario, *no pesca*, y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien y si llega á poder, á apropiarse lo mas que pueda del bien público y á suprimir el *fanatismo* y la *supersticion;* gran revolu-

cionario, padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbrándose á rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelion se desarrolla cada año mas, y bajo la inspiracion del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.

XXII.

CÓMO SE DEJA DE SER REVOLUCIONARIO.

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesion. No existen otros medios para lograrlo.

La Revolucion es la rebeldía, el orgullo, el pecado; la confesion, y con ella la muy dulce y santa comunion, es la humilde sumision del hombre á su Criador; es el amor, la fuerza, el órden.

He conocido á uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Habíase entregado á todos los escesos de la rebelion del espíritu y del corazon; habia rechazado la Iglesia como una cosa anticuada y perjudicial, la autoridad como un yugo vil. Siendo representante del pueblo, y perteneciendo al partido de la *Montaña*, habia soñado no sé qué regeneracion social. Honrado, sin embargo, en el fondo, y sincero en sus estravíos, pronto vió abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubiera sospechado; vió de cerca á los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. Partidario de los famosos principios de 89, vió salir de ellos las fatales consecuencias de 93; cogió la Revolucion in fraganti..., y conducido al bien por el esceso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hácia aquella Iglesia que habia desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depuso á los piés del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de la Revolucion. Esto sucedió cerca de diez años há, y desde entonces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso á su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las *utopías* revolucionarias, buscan esa paz y esa felicidad sin poderlas encontrar! Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometan al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, esperimenten el poder divino de la palabra evangélica: "Venid á mí, todos vosotros los que sufris y los que trabajais; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontrareis el descanso de vuestras almas."

Y lo que es verdad para el individuo, lo es tambien para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar lejos de la casa paterna, lejos de la Santa Iglesia, no encontrará reposo mas que á los piés de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.

XXIII.

LA REACCION CATÓLICA.

¿Somos reaccionarios? No, si por tales se entienden unos espíritus sombríos, siempre ocupados en echar de menos lo pasado, el antiguo régimen, la edad media: "Nadie, decia el buen Nicodemo, nadie puede volver al seno de su madre para nacer de nuevo." Esto lo sabemos, y no queremos cosas imposibles. Sí, somos reaccionarios, si con esto se entiende ser hombres de fé y de corazon, católicos ante todo, que no transigimos con principio alguno, que no abandonamos verdad alguna, y que respetamos, en medio de las blasfemias y de las ruinas revolucionarias, el órden social establecido por Dios, y estamos decididos á no retroceder ni un paso ante las exigencias de un mundo pervertido, y miramos como un deber de conciencia la *reaccion anti-revolucionaria*.

Ya lo he dicho: la Revolucion es el gran peligro que amenaza á la Iglesia en el dia. Digan lo que quieran los *adormecedores*, este peligro está á nuestras puertas, en el aire que respiramos, en nuestras mas íntimas ideas. En vísperas de grandes catástrofes, siempre hubo de estos ciegos, mudos y sordos incomprensibles, que nada quieren ver, nada oír ni comprender. "Todo va bien, dicen; nunca estuvo el mundo mas ilustrado, ni el público mas próspero; nunca el ejército fué mas valiente, ni estuvo la administracion mejor organizada, ni se vió la industria mejor, ni fueron las comunicaciones mas rápidas, ni la patria se encontró tan unida."

Tales hombres no ven, no quieren ver que bajo este órden material está oculto un profundo desórden moral, y que la mina, pronta á estallar, se encuentra en la base misma del edificio. Dormidos y adormeciendo á los otros, abandonan la defensa, la hacen abandonar á los otros, y entregan la Iglesia desarmada en manos de la Revolucion.

Y, sin embargo, es mas claro que la luz del dia que la Revolucion es el anticristianismo, que llama á sí todas las fuerzas enemigas de la Iglesia: incredulidad, protestantismo, cesarismo, galicanismo, racionalismo, naturalismo, falsa política, falsa ciencia, falsa educacion. "¡Todo esto es mio, todo esto sirve para mi obra, esclama la Revolucion; todos marchamos contra el *ene-*

migo comun! No mas Papa, no mas Iglesia, libertémonos del yugo católico, emancípese la humanidad."

Este es el terrible adversario contra quien todo cristiano está obligado *en conciencia* á resistir y obrar como hemos dicho, y esto con toda la energía que dá el amor de Dios, unido al verdadero patriotismo. Este es *nuestro* comun enemigo; preciso es vencer ó morir.

¿Y cómo venceremos? Primeramente, repito, no temiendo. Un cristiano, un católico, un hombre honrado solo teme á Dios. Seguros como estamos de que Dios está con nosotros, debemos tambien estarlo de que, tarde ó temprano, la victoria será nuestra. Quizá será necesario que haya sangre vertida, como en los primeros siglos, humillaciones y sacrificios de toda especie; bien puede ser así. Pero al fin venceremos: *Confidite, ego vice mundum.*

Luego debemos poner al servicio de la *Gran causa* todas las influencias, todos los recursos de que podamos disponer. Si por nuestra posicion social podemos ejercer una accion general sobre la sociedad, sea por nuestra pluma, sea por cualquier otro medio legítimo, no faltemos á nuestro deber católico de hombre público. Hagamos el bien en la mayor escala posible.

Si no podemos ejercer mas que una accion individual y limitada, guardémonos de creer que esta ifluencia está perdida en medio del torbellino. El Océano solo se compone de gotas de agua reunidas, y convirtiendo individuos, ha llegado la Iglesia á convertir, á trasformar el mundo, despues de tres siglos de indomable paciencia. Hagamos como ella; en frente de la Revolucion, uuiversal como entonces el paganismo, busquemos, aunque sea individualmente, "el reino de Dios y su justicia, y lo demàs nos será dado por añadidura." Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mugeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seglares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de Santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católca, la opinion pública reformará por sí misma y sin sacudimiento esta sociedad qne se pierde, y la Revolucion desaparecerá.

Tengamos para el bien la energía que la Revolucion tiene para el mal. No hace mucho la oímos decir á los hijos de las tinieblas: "El trabajo que vamos á emprender no es obra de un dia, ni de un mes, ni de un año; puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestas filas, el soldado muere, y la lucha sigue. No perdamos valor por un revez ni por una derrota; de derrota en derrota es como se llega á la victoria."

Hijos de la luz, tomad esta regla para vosotros, y aplicadla con el celo del amor. La Iglesia es pobre: ¿sois ricos? dadle vuestro oro: ¿sois pobres? partid vuestro pan con ella. La Iglesia es

atacada con las armas en la mano: por vuestras venas corre una sangre generosa; ofrecedle vuestra sangre. La Iglesia se ve calumniada indignamente. ¿Teneis voz? Pues hablad. ¿Manejais una pluma? Pues escribid en su defensa. La Iglesia se ve abandonada, entregada traidoramente por los que se llaman sus hijos: su única confianza está en Dios: haced por vuestras oraciones que llegue pronto el socorro de arriba. Sirvanos á todos de lema el hermoso dicho de Tertuliano: *In his, omnis homo miles*: hoy dia todo católico debe ser soldado.

Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formarse con cuidado el espíritu y la inteligencia; preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas. Casi todos los jóvenes que se entregan á las ideas revolucionarias carecen de aquellos principios sérios y reflexionados, cuyo punto de partida es la fé. En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que están encargados de instruir á la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educacion son la cuna oculta de la Revolucion.

Andémonos con mucho cuidado respecto de nuestras lecturas; hay *muy pocos* libros buenos; muy pocos verdaderamente puros en cuanto á principios políticos y sociales; casi todos ellos desconocen totalmente la mision social de la Iglesia; ó la rechazan, ó no se dignan hablar de ella. No teniendo ya, como punto de partida, la autoridad divina, se ven obligados á basarlo todo sobre el hombre; sobre el Soberano, si son monárquicos, y de ahí resulra el absolutismo ó el cesarismo; y si son demócratas, sobre la soberanía del pueblo, y esto es la Revolucion propiamente dicha. En ambos casos hay error fundamental, principio social anticiristiano. Los mas peligrosos de estos libros, al menos para lectores honrados, no son los libelos abiertamente impíos, sino mas bien los de falsa doctrina moderada que profesan un cierto respeto a la Iglesia: 89 es mucho mas peligroso que 93.

Desconfiad sobre todo de los libros de historia. Solamente de algunos años á esta parte, un cambio feliz, debido á la buena fé y á estudios mas concienzudos, nos ha proporcionado algunas obras preciosas, que bastan para disipar las preocupaciones y los errores [1]. Hace tres siglos que la historia ha sido trasformada en una verdadera máquina de guerra contra el cristianismo, antes por el ódio protestante, y mas tarde por el volteranismo, se ha

1 Entre otras citaré: *La Defense de l'Eglise* por Gorgoni; *Histoire de l'Infaillibilité des Papes* por l' Abbé Constant; y, en fin, la escelente *Historia Universal de la Iglesia*, por Rohrbacher, que es nn verdadero repertorio de todos los documentos que pueden formar y fijar la inteligencia de un jóven católico.

vuelto, dice el conde de Maistre, "una conspiracion completa contra la verdad."

Lo que es verdad de los libros, lo es tambien, y mucho mas, de los *periódicos*, esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos ù ocultos de la Revolucion.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada dia se insinúa pronto y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplico: no os abandoneis á ninguno de estos periódicos, y menos todavía á aquellos que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. "No hay peor água que la estancada."

En fin, recomiendo á los jóvenes una instruccion religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo á hablarles de la *Summa* de Santo Tomàs, obra maestra incomparable, que reune, con un órden magnífico, toda la doctrina religiosa, toda la tradicion católica; pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fé no sostiene la razon, que en el dia ni aùn se está en estado de comprender lo que aquel gran Doctor ofrecía á los *estudiantes, de la Edad media* como "leche para los principiantes."

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Telogia dogmática* y la *Esposicion del derecho canónico*, por el Cardenal Gousset; la *Regla de fé*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios, filosóficos*, de M. Nicolás; como resúmen de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons Doney; en fin, las escelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que reasumen con estraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están *á la órden del dia*.

No basta la claridad en la inteligencia; precisa es además la santidad del corazon. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reaccion contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, estraña al mundo, y en todo animada por el espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fé, de oracion y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reaccion* contra la seduccion de los falsos principios y el torrente universal de corrupcion. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este deber mira ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los Pastores de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes, doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y

preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vijilar indirectamente por la salvacion de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable mision; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazon.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXIV.

¿ES PRECISO LUCHAR CONTRA EL IMPOSIBLE?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que si sé es que no es palabra cristiana. "Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios." Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible que doce pescadores judios lo convirtieran á la *locura de la Cruz*? ¿No parecia imposible que San Pedro reemplazase á Neron en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realizacion permanente del óraculo del Salvador. *Et nihil impossibile erit vobis.* "Para vosotros nada será imposible." (Luc. XVII, 19.)

Si no me engaño, es menos dificil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fé triunfará ahora como triunfó entonces.

"Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiéndose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas; pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer mas y mas este estado deplorable de las cosas, ¿no sería quizá mas razonable, y acaso aún mas útil á la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concesiones sobre el derecho, y contemporizar sin temor con los principios modernos? Obrando de otro modo, ¿no nos esponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿no sería esto esponer la Religion á recriminaciones públicas?"

Guardaos de creer esto: En los tiempos de transicion como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutæ sunt veritates á filiis hominum.* Como depositarios de todos estos principios sagrados de